

*Le Corbusier.*

## PLANOS DIRECTORES PARA LOS DIRECTORES DE LA POLITICA

*El arquitecto norteamericano George Howe, uno de los profesores más conocidos en su país y en todo el mundo, escribió un artículo, en 1945, que ahora reproduce la revista italiana «Metron», y que publicamos en estas páginas.*

¿Cuál es hoy la posibilidad de los urbanistas y arquitectos en relación con la planificación total, inseparable en todo momento de la acción del Gobierno?

En el momento actual, la urbanización está en un estado parecido al de la alquimia en el siglo XVIII. Sobre la base de una ciencia poco desarrollada—el empirismo de una planificación nacional—, promete a los hombres vigor, salud y felicidad. También el simbolismo es chocante: mediante el proyecto, la materia prima, después de ser transformada, se convierte en bienestar social y en beneficio económico, del mismo modo que antiguamente la piedra filosofal era el oro líquido.

Este parangón no se hace irónicamente. Todos saben que la alquimia tenía útiles y elevados fines. Recordad el capítulo de Jung sobre la «Idea de la redención de la alquimia» como un episodio de la eterna lucha del inconsciente colectivo por surgir a la consciencia.

El *liber perfecti magisterii* pedía para el buen alquimista los mismos requisitos esenciales que son solici-

tados hoy para el buen urbanista. «Debe ser de sutil ingenio y poseer conocimientos amplios de los metales y de los minerales. No puede tener un carácter duro y grosero, ni ser avaro o indeciso; por otra parte, no será presuntuoso, y debe tener firme resolución, tenacidad, paciencia, dulzura, perseverancia y moderación.»

Todo esto se decía sabiendo las exasperantes dificultades de las investigaciones del laboratorio. Uno de sus lemas era: «Tú buscas afanosamente y no encuentras. Quizá encuentres si no buscas.» Que parece una frase a lo F. Ll. Wright.

Cuando la química se convirtió en ciencia, el alquimista se hizo químico experimentador. Cuando el urbanismo sea una ciencia, el urbanista será un proyectista experimental. Pero este tiempo no ha llegado aún.

La urbanización ha recorrido un camino muy breve hacia la ciencia. De sus tres aspectos, político, legislativo y administrativo, el primero es el arte de la imaginación; el segundo, la formulación de los conceptos;

el tercero, la instalación de los laboratorios, donde las fórmulas son descubiertas y generalizadas. Por ahora no podemos formular los conceptos, y menos construir los laboratorios de prueba. El hecho es que el urbanista se encuentra delante de un camino divergente. Como arquitecto, su fantasía prevé la realidad. Como técnico trabaja con elementos que le parecen, y lo son, inadecuados. Se puede comprobar que en todo lo que se lee sobre urbanismo es evidente la lucha de la fantasía contra la insuficiencia de la legislación y la ineficacia de la burocracia. La administración política debe ser el primer interés del urbanista.

Por fortuna, se empieza a reconocer la necesidad de la acción política en el urbanismo. El Congreso de Estados Unidos autorizó, en 1946, la construcción de un programa de urbanismo. Las investigaciones sobre las exigencias y los standards estaban limitados a las edificaciones; pero, lo que es más importante, debían considerar éstas en relación con las calles, los servicios públicos y los problemas generales del urbanismo.

Lo que se ha hecho hasta ahora hace esperar un mejor porvenir. De una legislación coherente y de su expresión administrativa surgirán los organismos necesarios para realizar el urbanismo en amplia escala. Cuando esto esté en marcha se comenzará a recorrer la obra del urbanista. Pudiera ocurrir que éstos se contentaran con esta situación; pero en verdad que no debían hacerlo. Los urbanistas se diferencian de los políticos, sociólogos, economistas, juristas, en un solo, pero importante aspecto: como su nombre indica, el urbanista es también, y especialmente, un artista.

Es moda hoy torcer el gesto a la vista de planos que no tienen visos prácticos. Y por prácticos se entiende, probablemente, la adherencia inmediata, o por lo menos no muy remota a las posibilidades sociales, políticas, económicas y jurídicas. Esto ha sido cosa de todos los tiempos. Las acusaciones que el barón Hausmann hacía de los urbanistas: «Como son artistas no tienen

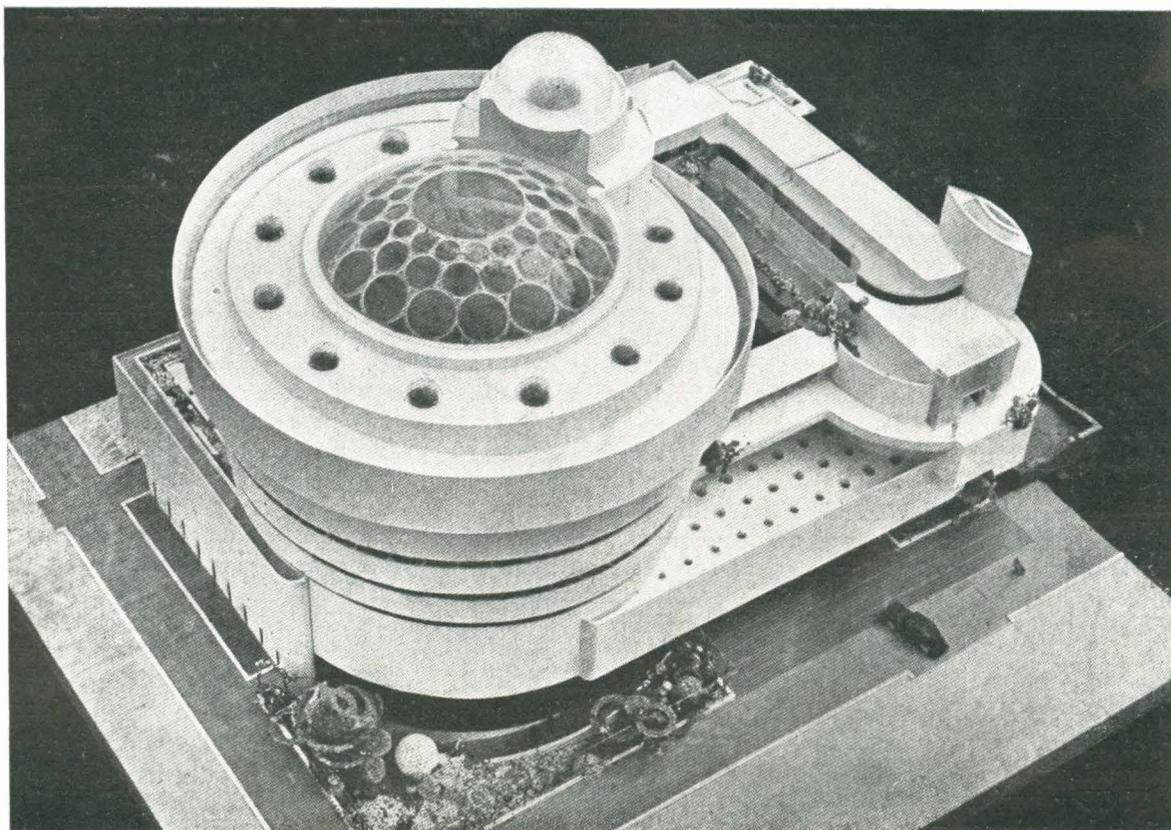
ni el conocimiento necesario para regir una ciudad ni la exactitud y meticulosidad necesarias para comprobar una factura», son todavía de actualidad: los urbanistas deben todavía admitir que otros que no sean arquitectos sepan regir ciudades y verificar facturas. Estos, además, tienen otra ventaja a los ojos de los particulares, y es no presupuestar nada que, como recriminaban los respetables ciudadanos atenienses a propósito de los trabajos de Pericles, «nos cuestan un ojo de la cara».

Viven y trabajan hoy en el mundo dos grandes artistas que son también dos grandes urbanistas. Cada uno ha presentado un sistema urbanístico dedicado a resolver el arduo problema de nuestro tiempo: conciliar la combinación de la velocidad y la potencia representada en la red viaria de Nueva York y de París con las exigencias de la vida humana. Cada uno prevé una solución diversa. El americano se decide por el abandono o la ruralización de la ciudad; el europeo, hijo de un continente superpoblado, proclama la reconstrucción.

Los dos proyectos tienen una gran cualidad en común: la espléndida indiferencia hacia cualquier elemento práctico que obstaculice la realización de los proyectos. Estos trascienden de las necesidades momentáneas sociales, económicas y políticas. A pesar de ello, o quizá por ello, sus autores son más conocidos en el mundo entero que ninguno de sus colegas. Es claro que hablo de Broadacre City y del plano de París de 1922 y de sus autores, Frank Lloyd Wright y Le Corbusier.

Con su palabra, con sus escritos y proyectos, han defendido implacablemente la causa del urbanista, dando siempre relieve a la función del arquitecto en la sociedad. Y puede decirse que con sus proyectos, faltos de sentido práctico, han contribuido indudablemente a llevar el aparato legislativo y administrativo del urbanismo al punto en que está hoy.

A costa de parecer frívolo, voy a recordar la historia de Dinócrates, que cuenta Vitrubio en uno de sus pa-



Frank Lloyd Wright.

sajes de introducción, que dan sabor y condimento a la carne seca y fibrosa de su tratado técnico. Lo cito sólo por su valor ejemplar.

Dinócrates era un urbanista del tiempo de Alejandro Magno, que precedió en veintitrés siglos los hallazgos publicitarios de Salvador Dalí. Tenía un plan urbanístico que proponer al rey, y para ello intentó acompañarlo de unas cartas de presentación de ilustres personajes. Como ocurre hoy, todo lo que conseguía eran vagas promesas, hasta que perdió la paciencia y decidió atraer la atención del rey a su modo. He aquí lo que hizo, según cuenta Vitrubio:

«Debo decir antes de todo que era un hombre de alta estatura y de agradable aspecto. Consciente de lo que la Naturaleza le había proporcionado, se puso una hermosa vestimenta, se untó el pelo de aceite y se coronó la cabeza con una guirnalda de hojas de laurel, echándose una piel de león sobre el hombro izquierdo, y de esta suerte se dirigió a la tribuna real a la hora en que el rey estaba haciendo justicia. La novedad de

relatara. «Dinócrates, dice, obtuvo estos honores en virtud de su agradable aspecto y digno comportamiento.» Y después va a presentar sus propias credenciales, probablemente a César, en los términos siguientes: «Pero a mí, ¡oh Emperador!, la Naturaleza me ha negado una elevada estatura, mi cara está arrugada por la edad y la enfermedad ha minado mi constitución. Privado de estas dotes espero todavía ganar algún título con vuestra benevolencia y la ayuda de mis conocimientos científicos.»

A la luz de las recientes experiencias y de las viejas anécdotas, me parece, por tanto, que el urbanista puede ser extraordinariamente útil a sí mismo y a la sociedad manteniendo abierta su condición de artista. En cuanto técnico, debe proyectar planos prácticos para mentes prácticas. En cuanto artista, no puede más que preparar planos maestros para los maestros de la política.

En prueba de la eficacia del plano como instrumento de acción política, a condición de presentarlo audaz-



Dibujo de José L. Picardo, alumno de Arquitectura.

la aparición atrajo la atención de la gente, y Alejandro, dándose cuenta con estupor del objeto de tanta excitación, ordenó a su guardia que dejara pasar al extraño personaje y dijese quién era.

«Un arquitecto macedonio, dijo Dinócrates, que viene a proponer unos planos y unos proyectos dignos de tu fama. Propongo modelar el monte Athos en forma de estatua de un hombre que sostiene una gran ciudad en la mano izquierda y un enorme vaso en la derecha, al que deberán confluir todos los cursos de agua de la montaña para luego verterla en el mar.

«Consultó Alejandro con sus técnicos y economistas, y supo por ellos que la zona del monte Athos era completamente inadaptable para construir en ella una ciudad, y el proyecto del gran vaso de recogida de aguas, una quimera. A pesar de ello le entusiasmó tanto la proposición de Dinócrates, que de entonces en adelante le tuvo siempre a su lado. En la expedición a Egipto, su favorito se encargó de preparar los planos para la fundación de Alejandría.»

Con esto no quiero decir que el urbanista de hoy vaya a conseguir resultados tan felices tomando al pie de la letra el ejemplo de Dinócrates. Quiero sólo destacar que un plano audaz presentado de sensacional manera es uno de los más potentes instrumentos de presión política en las manos de cualquier clase social.

A modo de contraste cuento la poca eficacia de los métodos de Vitrubio, que no supo poner en práctica las enseñanzas de la historia de su colega que él mismo

mente y de que asimismo sea audazmente ejecutado, quiero recordar las palabras de un legislador inglés publicadas en *Architectural Review*, de Londres, bajo el título «La política en el urbanismo».

Observa Sir Richard Acland que cualquier proyecto de arquitectura de cualquier tiempo que sea es de hecho un manifiesto revolucionario. Reprocha a los urbanistas su incapacidad de saber reconocer cuanto hay de revolucionario en la filosofía misma del urbanismo, y los incita a que no teman afirmar las ineludibles consecuencias políticas de ese hecho. Todo proyecto de urbanización debe presentarse con estas palabras: «Estas son las ciudades que podríais tener si quisierais y estuvierais decididos a renovar todos los principios fundamentales sobre los cuales está basada vuestra sociedad.»

Esta audaz afirmación supera a todo lo que yo pudiera decir. La cito para poner mejor en evidencia la posibilidad del urbanista que se encuentra entre estos dos extremos: entre la realidad de la legislación urbanística y el aparato administrativo hoy existente, entrambos inadecuados por concorde reconocimiento.

El campo de la fantasía es el propio del urbanista. Otros podrán estudiar los detalles de la legislación y de la administración. Pero sólo los urbanistas pueden traducir en imágenes sus ideas, proporcionando al hombre de gobierno la representación eficaz de lo que todavía es imposible, promoviendo la acción política, que pondrá en movimiento el aparato legislativo y burocrático.